

MIGUEL ALESSIO ROBLES, *Historia política de la Revolución Mexicana*, Monterrey, Gobierno del Estado de Coahuila, Comité de los Festejos del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución, 2007, «Semillas de libertad. Coahuila: la revolución y su gente, 2», 452 pp. ISBN 13978-968-9077-38-1

El gobernador de Coahuila presenta a Miguel Alessio Robles como un político congruente, firme en sus convicciones, coahuilense ejemplar (p. 7). Se sabe que nació en 1884 y murió en 1951. Fue abogado, ministro de México en España, secretario particular del presidente Adolfo de la Huerta, Secretario de Industria Comercio y Trabajo de Álvaro Obregón. Ejerció el periodismo (*Diccionario Porrúa*, t. A-C, 6a. ed., 1964, p. 106).

Sus fuentes muestran la naturaleza de este libro. Cita a Rodolfo Reyes, *De mi vida*; Ramón Prida, *De la dictadura a la anarquía*; Alberto Salinas, *La expedición punitiva*; Luis Cabrera, *Veinte años después*; Alberto Pani, *Mi contribución al Nuevo régimen*; José Manuel Puig Casauranc, *El sentido social del proceso histórico de México*; Vasconcelos, *Breve Historia de México*, *El Desastre*, y *Ulises Criollo*. Pero más importante que esa bibliografía es su convivencia con Álvaro Obregón (pp. 280, 302 y 327).

Elogia el progreso material que logró Porfirio Díaz, pero critica que se estacionó políticamente, a diferencia de las naciones sudamericanas (p. 36), esta afirmación es infundada por su generalidad.

Francisco I. Madero es tal vez el personaje que más elogia, lo califica de bondadoso, crédulo, optimista, alma de niño, magnánimo, pío, sencillo, humilde, apóstol de la religión de los que sufren (pp. 49, 74 y 102).

En cambio, Victoriano Huerta, probablemente con Plutarco Elías Calles, es el político que más critica: cínico, patibulario, sombrío, pavoroso, pérfido, desleal, ambicioso, cruel, sanguina-

rio, inculto, rudo, se le subió el puesto. Aprovecha para escribir que “hasta a Alfonsito Reyes se le subió la legación de México en París” (p. 87).

A Venustiano Carranza lo califica de rígido, desconfiado, pesimista, estaba forjado para la lucha, dejaba que los ociosos intrigaran porque creía conjurar el peligro. No puede comparársele con Calles porque no se puede comparar a un gigante con un pigmeo, una montaña con un guijarro. Amaba desafiar todos los peligros, nunca fue cobarde. Acaudilló la revolución más grande y radical de la historia de México. Desconoció a Huerta y reprochó a Villa el asesinato de Benton (pp. 49, 139, 281, 296 y 299). Me desconcierta su comentario sobre la Constitución de 1917, limita sus reformas trascendentales a los artículos 28 y 123 (p. 273).

Es muy parco con Zapata, menciona que no transigió con Huerta y califica su asesinato de cantos dulces y tranquilizadores en comparación con las pavorosas narraciones de Edgar Allan Poe (pp. 107 y 273-278).

Califica a Pancho Villa de guerrillero agreste, extraordinario, popular y estólido. No fumaba ni bebía. Era un formidable conductor de hombres. Físicamente su rostro era sanguíneo, su frente era ancha y espaciosa, tenía grandes ojos oscuros que movía de una manera siniestra. Era primitivo, inquieto, veleidoso, ladino, desconfiado, mentiroso, lloraba como niño y rugía como león, inteligente, inculto, audaz, despreciaba el dinero, pero anhelaba el poder. Lo cegaba la ira, pero no era envidioso ni mezquino. Continuamente hablaba de su pueblo y de su raza. Capaz de grandes hazañas y de grandes crímenes. Se creía invencible y amo omnipotente de México: “Su nombre resonó por todos los ámbitos de la tierra” (pp.153, 177-178, 212-213, 217-218, 233 y 240).

Es natural que Miguel Alessio Robles dedique el mayor número de páginas a Álvaro Obregón, de quien destaca su clarísima inteligencia, notable memoria, gran capitán (nunca fue derrotado), valiente, atractivo, ameno, admiraba la honradez aun en sus ene-

migos. Daba crédito a las versiones más absurdas. Trataba de enmendar sus faltas y sus errores. Su cultura era menos que mediana. Audaz, nervioso, ególatra. Dillon lo calificó del hombre de Estado más inteligente; también lo elogió el mercenario Vargas Vila. Lloraba cuando lo atacaban los periódicos y en el Parlamento. Alessio Robles renunció cuando respondió con mucha violencia las críticas de Adolfo de la Huerta (pp. 308-310, 328 y 351).

Alessio Robles destaca la calidad del primer gabinete de Obregón: el extraordinario José Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública, honrado Antonio Villarreal en Agricultura, Pani en Relaciones Exteriores, (fue “uno de los grandes constructores de la Revolución”. Calles tenía carácter, pero Obregón no olvidaba su deslealtad, no justifica que haya heredado la presidencia a Calles, quien tenía la obsesión de la persecución religiosa). Benjamín Hill, fiel y brillante en Guerra (pp. 313-317).

Entre los personajes relativamente menores destaca a Ángel Flores (nació en las capas más humildes): valiente, íntegro, heroico, patriota, honrado, pundonoroso. Atendía lo mismo al pobre que al rico. Todos lo querían, Obregón lo admiraba (pp. 251-253).

Por supuesto se refiere a los Tratados de Bucareli, que recientemente se habían proclamado que honraban a México porque obligaron al gobierno mexicano a pagar a todos por igual, sin excepción. Alessio Robles de cualquier modo se cura en salud, no se trataron en el Consejo de Ministros. Seguramente esa opinión se relaciona con su crítica a Estados Unidos que ultrajaban a su antojo la soberanía de los pueblos débiles: México, Cuba, Colombia, Haití y Santo Domingo, pero eran respetuosos y sumisos con Japón (pp. 145 y 324-348).

También dedica buen número de páginas a Calles a quien acusa de haber preparado el ambiente para el asesinato de Obregón cuando promovió la cuestión religiosa, tal como lo había hecho en Sonora en 1917-1918. Por eso causó pésima impresión el apoyo público de Obregón a esa persecución, si bien después mandó

a un amigo de absoluta confianza a ofrecer a los arzobispos estadounidenses que al reasumir la presidencia solucionaría el problema religioso. Calles, en cambio, cedió ante Estados Unidos en el petróleo, pero fue inflexible con los católicos, su persecución religiosa convirtió a México “en una verdadera cafrería”.

Cuando los defensores de Calles lo defendían por los asesinatos de Huitzilac porque intentaba desprestigiar a Calles, Alessio Robles responde: “Nadie trata de desprestigiar lo que está desprestigiado”. Más aún, cuando Calles regresó en 1935 debió haber pedido que se investigara: Huitzilac, la muerte de Obregón, la emboscada a Villa, el atraco a Lucio Blanco, el monto de su fortuna, los honorarios y vales que recibió de los Ferrocarriles Nacionales de México, los 174 000 pesos que recibió dos días antes de abandonar la presidencia, las multas de 500 pesos oro que se imponían a los católicos aprehendidos en la inspección de policía de la ciudad de México, sus contratos con la Beneficencia Pública, los 2 000 000 pesos que se gastaron en construir el ramal del ferrocarril a El Mante y la compra del ramal del ferrocarril a Sebastopol (pp. 369, 375 y 391).

En fin, Alessio Robles pidió que a la sesión de la Cámara de Diputados del primero de septiembre de 1928, debían haber asistido Iturbide, Porfirio Díaz, Lucas Alamán, Icazbalceta, Bulnes y Luis G. Cuevas (pp. 368, 371, 377, 391, 397 y 422-423), villanos de la historia oficial.

Según Alessio Robles el pueblo acogió con viva simpatía la candidatura presidencial de Vasconcelos, desde luego lo más brillante de la juventud; pero le reprochó que se hubiera constituido en juez supremo para juzgar a todos los hombres públicos de México, antes de pronunciar sus “fallos olímpicos” debía conocer datos exactos y precisos (pp. 403 y 433). Ni Madero, ni Carranza, ni Obregón, tuvieron una oportunidad más brillante que Almazán para escalar el poder, afortunadamente Manuel Ávila Camacho fue sereno y tuvo buen juicio, su acto más trascendente

fue la guerra al Eje, la causa más grande, más noble y gloriosa de todos los siglos (p. 442). Hizo un optimista balance de los presidentes revolucionarios: a Madero, se debía la libertad de pensamiento; la política internacional, a Carranza; a Obregón, la educación y los Tratados de Bucareli; la reforma monetaria a Abelardo L. Rodríguez, con grandes mejoras materiales, y a Cárdenas, la expropiación del petróleo, el reparto de las tierras y el fin de la larga y extraña jefatura máxima (pp. 439-440). También es optimista el patente resurgimiento intelectual de México con sus escritores, poetas, pintores, escultores, músicos, artistas y hombres de ciencia, pone el ejemplo de Enrique González Martínez. En cambio, es pesimista por el notable retroceso moral, en mucho por la desmoralización de los funcionarios (de lo que exceptúa a Madero y a Carranza). Termina con un sermón: era necesario volver a la moral cristiana que no había podido ser sustituida “por otra más alta y más noble” (pp. 445 y 447).

Moisés González Navarro

*El Colegio de México*

MARTÍN GONZÁLEZ DE LA VARA, *La Michoacana. Historia de los paletteros de Tucumbo*, Zamora, El Colegio de Michoacán, Gobierno del Estado de Michoacán, 2006, 235 pp. ISBN 970-679-205-8

El libro presenta la historia de cómo surgió el gremio de los paletteros en el pueblo de Tucumbo en la región palettera del occidente de Michoacán. Además de la narración en cada apartado se presentan fotografías de la época de una gran belleza. El libro está basado en una rigurosa investigación en archivos y entrevistas con protagonistas del gremio palettero. Está constituido por